

Instantáneas.

✱

REVISTA SEMANAL DE ARTES Y LETRAS

✱



MARIA GONZÁLEZ
Notable tiple de Zarzuela.

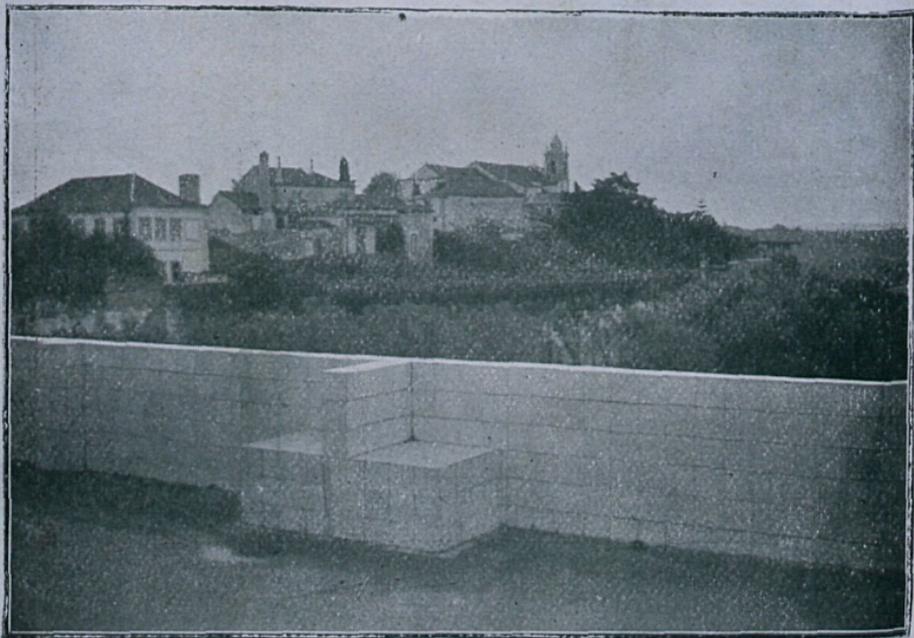
Melchor Cantín.

Después de abandonar la carrera eclesiástica, estudió la de Filosofía y Letras, dedicándose luego al periodismo, en el que ha llegado á ocupar uno de los más señalados puestos.

Cantín es uno de esos periodistas que ejercen el oficio por verdadera vocación, y buena prueba de ello es que llevando dieciocho años de brillantes servicios prestados en *El Pabellón*, *El Nacional*, *El Cronista*, *El Progreso*, *La Iberia* y en *El Imparcial* actualmente, ha tenido medios y ocasiones para lograr puestos y prebendas, que siempre ha despreciado. No hace mucho le ofreció un partido político el acta de diputado provincial, y él no la aceptó por no verse obligado á abandonar la vida activa del periodismo.

Comisionado en Cádiz durante las últimas guerras para repartir á los soldados los socorros procedentes de la suscripción de *El Imparcial*, volvió á Madrid, y hoy sigue encargado de la alta información de tan popular diario.

En la actualidad es secretario primero de la Asociación de la Prensa, cargo que le fué otorgado por los muchos merecimientos que Cantín ha hecho en el periodismo y por su ilustración, caballerosidad y amor al trabajo.



PORTUGAL: Arrabales de Lisboa.

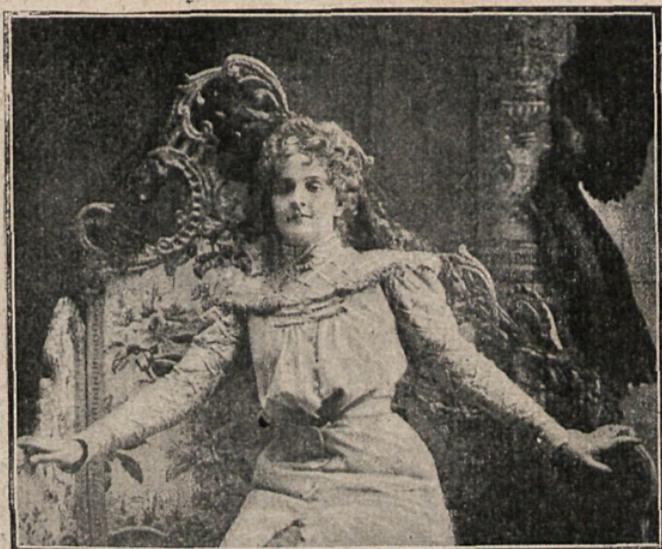
Instantáneas

DIRECTOR: M. SALVI

OFICINAS: CLAVEL, 1. MADRID



Reina Guillermina de Holanda.



LEONORA GUITO
Notable actriz.

GRANDES MUJERES

CASI CUENTO

Yo no sé lo que dirían de Pascualete los tiente-cabezas que suman ó restan por los chichones naturales ó instantáneos las cualidades de la masa cerebral... y del bailarín cantivo. Basta tener en la vida el sensible corazón... pero Pascual se hizo sujeto propio, muy propio, para un estudio de los sabios.

Hízose él, que había sido muy sociable y tranquilo, retraído y huraño... Vefasele ir y venir por toda la capital apresuradamente unas veces, deteniéndose de pronto para ocultarse en un portal y salir de allí con suma presteza otras. En los paseos escogía los puntos de menos tránsito... y allí, la misma agitación, los mismos *ires* y *venires*... ¡Estaba loco!

Desdichado, ¡no había duda! loco. Si nosotros sus amigos hubiéramos podido evitar que la gente conociese el estado de Pascualete... lo hubiéramos hecho jóven, rico, no mal parecido.. Pascual era listo hasta sólo el grado de resultar agradable en su conversación y diligente en sus actos... ya que no fuese un portento de inteligencia... pero, en fin, no era un tonto, ni un *tonto reileno*, es decir, uno de esos tontos que aprenden algunas cosas y van por ahí muy inflados repitiendo que aprendieron y así lo repiten hasta en conferencias públicas, haciendo que dicen y diciendo que hacen...

Lástima era que tan buen muchacho estuviese chiflado. Al fin súpose un día cuál era la locura del infeliz Pascualete. Llególe en esto á Pascual un su señor tío—hombre de masa y peso... concienzudamente adiposo, coloradote y bonachonazo... que veía por descargas... y que había venido al mundo hallando en este riqueza y regalo... Mas si no le era necesario ganarse el pan con el sudor del rostro... lo que poseía veníasele sudando por todo el cuerpo y á toda hora y estación... Sudar le hacía el frío... porque, ó había de moverse mucho, ó permanecer sentado al brasero... hacíale sudar el verano, ¡que era lástima ver al pobre gordinflón en esta época...

Cuando el señor tío llegó de la estación á casa de Pascualete, éste no se hallaba en ella... había salido muy de mañana, no se presentó hasta la hora de almorzar...

—Pero hombre... pero hombre... ¿No recibiste mi telegrama?—preguntóle el tío.

Sí, lo había recibido... pero olvidóse de ello. Extrañeza grande hubo de causar esto en el viajero, pero mayor había de ser la que había de producirle ver que, prestando negocios urgentes, suplicó á su tío le dispensase si no le acompañaba.

¿Qué era esto? Algún amorío. Si, no cabía duda alguna, amorío... El esférico pariente tomó informes... y se alarmó vivamente al saber que el sobrino paraba poco en casa y el tiempo que estaba en esta encerrábase en su cuarto... y allí permanecía algún tiempo... saliendo luego, no sin cumplir antes el cuidado de cerrar con llave la habitación.

No hubo remedio; el señor tío fuese en busca de un celebrado médico, hablóle del caso y ambos convinieron en que, pasando el galeno por un amigo, sería presentado á Pascualete por el tío y así el doctor estudiaría la vesanía del sobrino.

¡Oh, quién hubiera podido figurarse que todo ello acabara en drama, en un verdadero drama... cuyo fin hubiese sido trágico si el cielo no llega á apiadarse de Pascualete! Pero pulso, calma, no descompongamos en el relato el curso regulado y procesal de los hechos.

—Ya me ha dicho su señor tío... que es usted muy amigo de corretear,—dijo el médico á Pascualete, no bien fué presentado á él.

—Phs... aficiones.

—Madrid es un pueblo tan animado... hay tantos espectáculos divertidos,—repetía el galeno fijando los ojos buscones en el jóven, ojos á cara de gesto, trascolor, mínimo indicio de la manía—tan hermosos trenes...—nuevas miradas—luego los frontones, las corridas... las mujeres...

Aquí, aquí te quiero, escopeta, ya saltó la pieza... ya el médico dió con la enfermedad. Pascualete se puso animoso, saltábanle en los ojos llamitas encendidas...

—¡Guapísimas! Puedo asegurar que no habrá otras más lindas...

—Ya sabemos que á usted le gustan... y que las persigue—dijo el médico.

—Sí, lo confieso... persigo á cuantas veo...

—Caramba... caramba... ¿Y con éxito?

—Siempre... es decir, siempre no... No todas las horas son buenas; pero puedo asegurar que he pescado cuantas hay en Madrid... Sí, señor, robado... las tengo... las tengo... Hoy he atrapado á una preciosa niña y á su institutriz... ¡Qué cara la de la niña... Un perfil correctísimo y delicado... la institutriz... ¡Psh! No es cosa una más... Alemana flemática, fresca, blanca... Se da un aire á la marquesa de Romijera... pero ésta es más preciosa, cuando cazé á ésta... se hallaba monísima... Pero, por Dios, que esto sea un secreto... No digan ustedes palabra,—decía Pascualete. El médico dirigió unos ojos de profunda compasión al jóven y luego una mirada de triunfo al señor tío, como diciendo: Ya le veo yo á su señor sobrino todos los celulillos grises...

—Sí, un secreto... Figúrense ustedes si no me sobrevendrían disgustos caso de que se supieran mis mañas... y que acaso me traje á la de Buenfortuoso, á la condesa de Jonilí, me costó porque es mujer nerviosa é inquieta ..

—¡Y tanto!—murmuró el doctor.

—Pero tiene la condesa una amiga... alta, esbelta, morena... de ojos magníficos, talle flexible... Es elegantísima.

El médico se puso en pie y miró con profunda adustez al jóven.

—¿También ha atrapado usted á ésta?

—Sí, por Dios—replicó muy alegremente Pascualete, sin reparar en la cara enojada del caballero aquel que le dirigía la pregunta...

—¿Pero se la trajo usted?...

—Cierto... pero hombre... pude ver hasta los lunares que tiene dicha señora en el cuello...

—Este loco... es peligroso,—exclamó irridadísimo el doctor.—¡Clausura manicomia!...

—Caballero, ¿qué dice?—replicó Pascualete lleno de asombro.

—Digo que, ó está usted loco... de lo cual casi dudo. . ¡Usted no puede hablar así de la señora que dice!



—¿Por qué no?... Como de otras muchas... jóvenes, jamonas, mujeres de gran porte, obreras... actrices... monjas.

—¡Jesús, Jesús! Qué espanto,—exclamaba el señor tío poniéndose las manos en la cabeza.—¡Qué enfermedad más lamentable y más terrible!

—Maldad ó enfermedad... sea lo que fuere, este caballero va á perecer á mis manos, —gritó de pronto el médico... transformado á su vez en loco...—sí, perece.. Esa señora de que ha hablado es mi esposa... y éste hombre mintió.

—¿Su esposa? Perdón, señor... ¡Fue una broma! —exclamó Pascualete.

—¡Cómo! ¿Habrá desvergüenza? ¡Calumniador, infame! Mi esposa es una mujer honrada.

—Quién lo duda, señor... Si ella no me conoce... si no... Ella estaba descuidada... en el Retiro, muy de mañana... yo esperé el momento... ¡Así, oculto entre el bosque... y con la maquinilla fotográfica preparada... y ¡zas! la pesqué.

Risotada del tío... confusión del médico.

Sí, amigos, tratábase de un monomaniaco *instantáneo*... de esos que van á caza de caras bonitas... y en las calles, plazas y paseos, apuntan arteramente con maniquilla y vuelven á su casa con doce miniaturas. Veintitantas modistas... tantas y cuantas actrices, profesoras, elegantes, ociosas, mujeres preciosas... tiene un caudal... en papel... y nada en efectivo.

J. ZAHONERO.

Tipos de la corte.

EL CESANTE DE LA VELA

Todo está malo, lo sé;
pero es una atrocidad
el número de los que
explotan la caridad...

Albañiles desgraciados
á quienes el hambre mata;
escritores postergados
y cómicos sin contrata.

Hay individuo que va
hace un año, diariamente,
diciéndonos que *aún está*
sin comer nada caliente.

Ruborosas enlutadas,
viudas de hombres probos, buenos,
que piden avergonzadas...
porque vinieron á menos...

Todos, absolutamente,
buscan limosna y abrigo,
curcando divinamente
la «carrera» de mendigo.

Entre estos vagos hay uno,
un perfecto caballero,
cínico como ninguno,
como ninguno embustero,
el cual, haciendo un desplante,
dice con lúgubre voz:

—Señor... Escuche un instante...
mi sufrimiento es atroz...

¡Ay! no sin razón me aflijo,
y desfallecido muero...

¡mi hijo!... ¡mi *único* hijo...
ha muerto ayer, caballero!...

Mi pecho se desconsuela,
pues la noche no está clara,
y yo... ¡no tengo ni vela
para mirarle la cara!

Es tan grande mi dolor
que yo, de seguro, muero...
¡Caballero!... ¡Por favor!
¡Por caridad!... ¡Caballero!

Y el que tal cuento ha escuchado,
practica la caridad,
y se uarcha impresionado
por tanta calamidad.

Sin duda pensamos que es
verdadero su pesar,
y á los dos meses ó tres
le volvemos á encontrar...

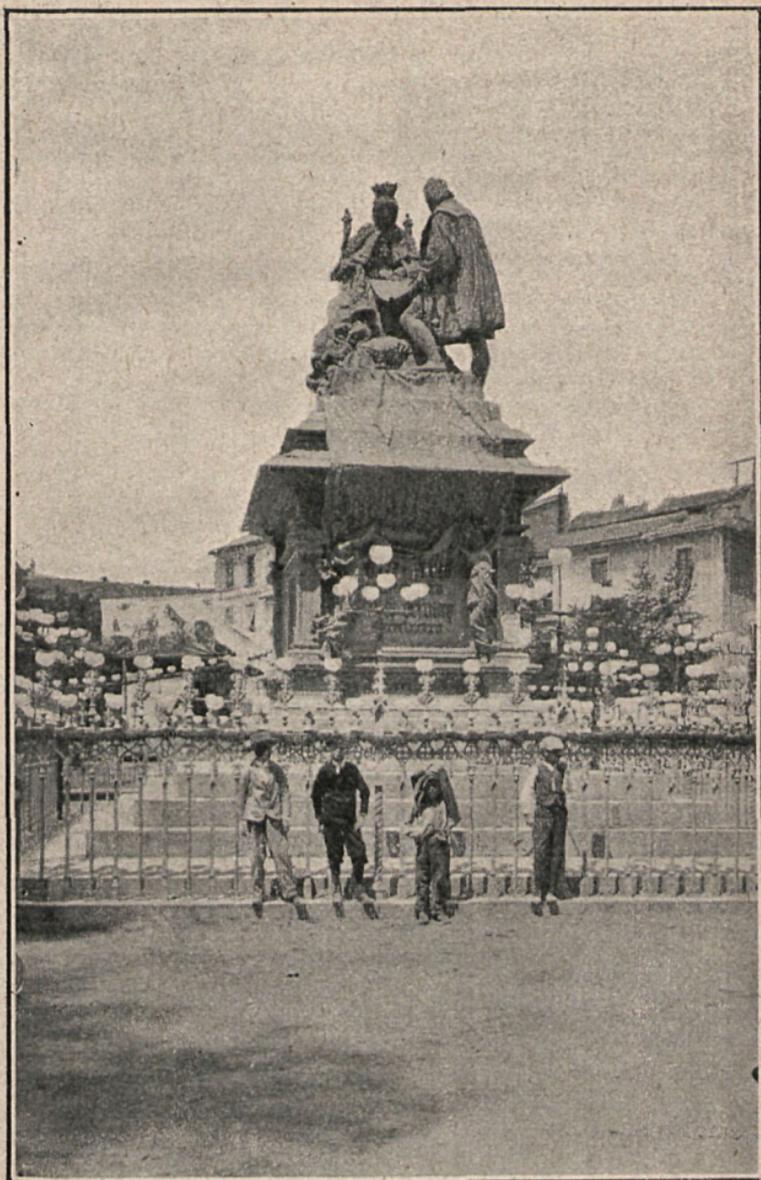
Y sin darnos tiempo apenas
para pensar un momento,
empieza á contar sus penas
con *la mar* de sentimientos.

Y nos cuenta una elegía,
concluyendo por decir
que el vástago que tenía...
¡se le acaba de morir!

Justo es que se desespere
y pierda sus alegrías...
¡Qué ha de hacer si se le muere
un hijo todos los días!

JOSÉ JUAN CADENAS

GRANADA



Monumento á Isabel la Católica y Colón.

Inst. de C. Huerta Stern.

Nuestro número almanaque.

1900

Estamos confeccionándolo. Constará de 60 páginas como mínimum, irá escrito por nuestros principales literatos, é ilustrado por los más renombrados pintores; estará tirado en rico papel y en colores. Queremos sea un libro bueno, nuevo y útil. Costará en España UNA PESETA.

JAQUECAS Con la Valerolina García Monreal, se calman instantáneamente toda clase de dolores de cabeza, neuralgias, jaquecas, muelas y dolores nerviosos.—De venta: Farmacia Lletget.—Carrera de San Jerónimo.—Madrid.



Ayer, todo el día de ayer, hubo en España... la mar. ¡Como que fué día de Conchas!

Que se lo pregunten á Juanito Peinado, estudiante de Derecho, mozo de rumbo, adinerado, elegante, sobrino de Villaverde; en fin, un *buen partido*, aunque sea silvestra. Pues el tal Juanito se pasó toda la santa noche en la reunión del coronel Quejido, cuya hija Concha celebraba sus días.

Peinado recibió la invitación por la mañana; por la tarde, el coronel lo vió en la calle de Alcalá, y le dijo:

—¿No faltará usted, Peinado, eh?

—Tendré mucho gusto.

—Cuidadito, ¿eh? Que vaya usted, Peinado... Que vaya usted, Peinado.

Juanito creyó que no lo decía por el apellido, sino por la cabeza, y se dió una mano de pomada y otra de cosmético, y se sacó la raya con tanto primor como Dato, si tuviera pelo.

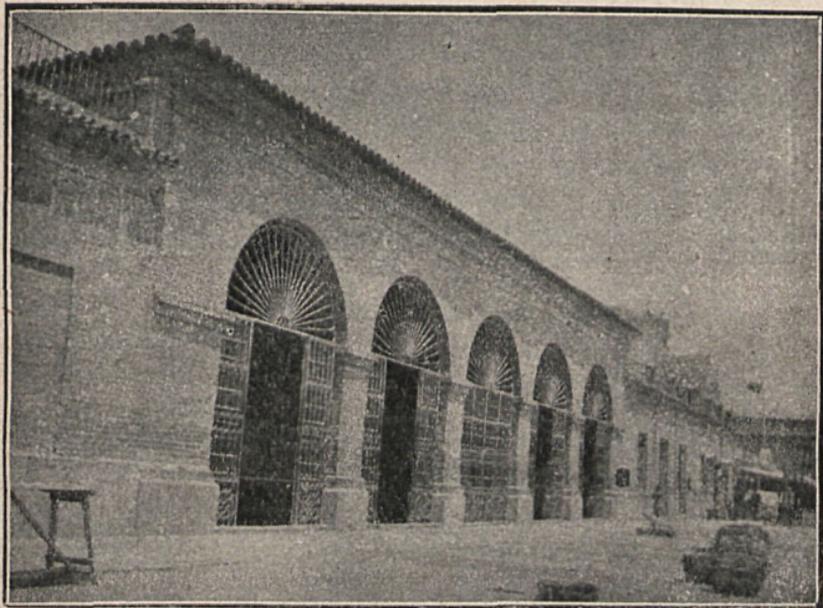
Entró en casa del coronel hecho un brazo de mar.

El ordenanza anunció en seguida:

—El Sr. Peinado.—Carcajada de la concurrencia.

—Efectivamente—dijo un capitán,—á usted no se le confundè con nadie. Usted es el Sr. Peinado, no me cabe duda.

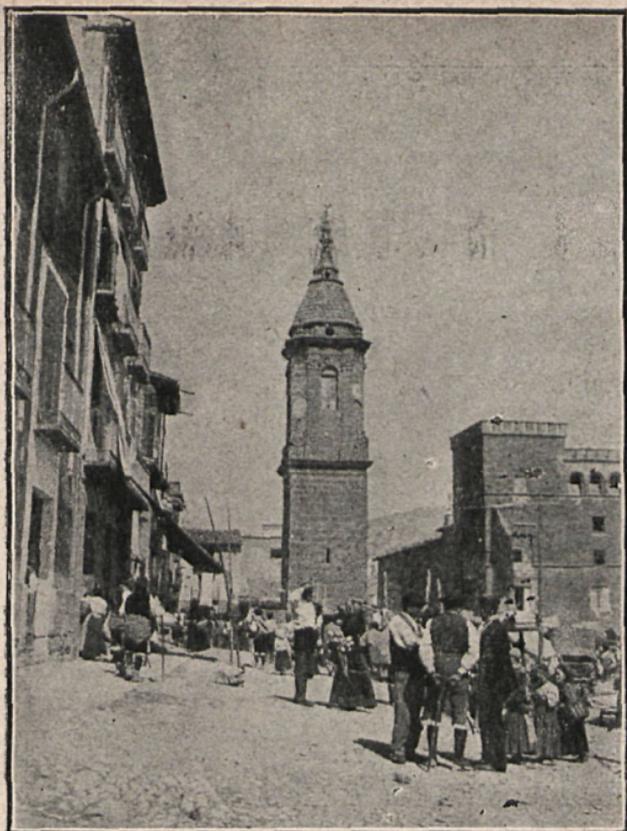
Un teniente trabó amistad con Juanito. Al poco rato le daba palmaditas en el hombro, diciéndole cariñosamente: Amigo Peinado, usted es un peine.—Total, que á Juanito le tomaron el pelo de lo lindo. Pero se desquitó en seguida, porque Concha, la niña del coronel, le tomó por su cuenta, llevándoselo al piano para que le volviera las hojas, sirviéndole el té, mimándole y engatusándole de manera que el pobre se volvió tarumba.



CARTAGENA: Casa Pescadería.

Inst. de M. Dorda y Mesa.

HUESCA (Ayerbe).



Torre del Reloj.

Inst. de C. Huerta Stern.

Pasó Juanito las de Caín al lado de aquella chiquilla tan bonita, tan elegante, tan monfísima, que le miraba, que se lo quería comer con los ojos. Era muy zalamera, con un ceceo andaluz que se metía en el alma. A todo salía con la graciosa muletilla: ¡José qué cosas tiene usted!... Juanito, en fuerza de fuerzas, rompió al fin. La pidió relaciones, y si no relaciones, esperanzas. Y si no —decía Juanita— algo, algo...

—Pues le aseguro á usted que le voy á dar algo.

—¿Sí? ¿Y qué va á ser? Dígamelo usted, por Dios, Conchita.

De palique se estuvieron toda la noche. Juanito, al despedirse, le pidió aquel algo...

—¡Pero *si* ya le he *dao* á usted algo, criatura! —le dijo la andaluza, mirándole y sonriéndose.

—Pues señor —iba diciéndose Juanito Peinado.—¿Qué será lo que me habrá *dao* Conchita? ¿Qué será?

Se acostó y se pasó la noche dando vueltas y cavilando: —¿Me habrá dado su corazón? ¿Me habrá dado esperanzas? —Sólo cuando la luz del día entró por la ventana, pudo darse cuenta Juanito de lo que Concha le había dado; porque suspiró y dijo con cierta ira: —Yo lo creo... Decía muy bien: «Le he *dao* á usted algo, le he *dao* á usted algo» —¡Como que me ha *dao* la noche!...

*
* *

Exclamaciones del día de ayer:

De Silvela. —Pues señor, este Paraíso no hace más que largar circulares y más circulares. ¡Es una cosa que espanta! Mi quinta malagueña de *La Concepción* es muy buena. Pero allá se anda con la circular de Paraíso, que también es quinta y que es una *concepción* infernal.

Número extraordinario de Zaragoza. Se ha impreso la segunda edición de 52 páginas y 100 grabados. En España cuesta 40 céntimos.

ACTO PRIMERO

ESCENA ENTRE DOROTEO, RAMÓN, SOLEDAD Y JESUSA

RAMÓN.—¿Qué ha soñado usted?

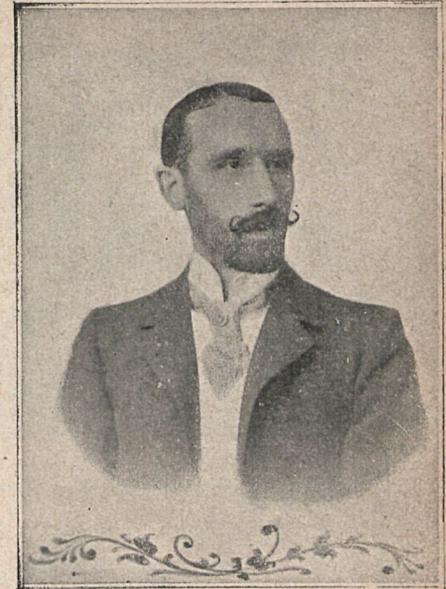
DOROTEO.—Verás: Figúrate que era domingo, y estaba yo en los Cuatro Caminos sin saber por cuál tirar, cuando de repente me tuerzo á la izquierda, y á los seis pasos siento á los laos unas cosquillas muy raras, me miro y veo que era que me habían salido alas. ¡Chico, me puse la mar de contento, porque me dije: con esto me aumentan el jornal, porque si no me lo aumentan, le doy dos patás al maestro y me remonto! Pus güeno, así de que me vi con alas, levanto el vuelo, y tenías que haber visto toas las crias que iban á los merenderos queriendo cazarme con liga, pero yo, la mar de serio, y vola que vola, voy á dar en el ventorro del Pirri; ahueco el ala, y ¡zás! caigo en la mesa en que estaban merendando el *Vihuela* y el *Zaparró*; me invitan á una ensalada, aceto, y á los tres bocaos se presenta un angel, se quita el hongo y dice: ¿D. Doroteo Camuñas? Y digo: Servidor y peón. Eche usted pa delante, me dice... ¡hombre, me chocha, porque aquí no sa dao escándalo entoavía!... ¡Que eche usted pa delante, hombre!... Con que ahueco el ala, volo yo, vola él, volamos los dos, y á los cuatro enviones lleguemos á un jardín con vería; miro y me veo que era el Limbo: paso, y con lo primero que me encuentro es con la señá Florencia.

RAMÓN.—¿La mujer del Sr. Fermín el guardia?

DOROTEO.—La mesma. ¿Qué hace usted aquí? la digo. ¡Pus á traerle la comida á mi marido, pero me voy en seguida! Y en esto reparo en ella, y chico, ¡ay! (no te ofendas, Jesusa). ¡Ya sabes tú lo bien formá que es la señá Florencia, pus güeno; carcúlate lo super que estaría, no llevando, como no llevaba, más vestido que una gasa rodeá por el cuerpo, y que era una gasa la mar de fina! Yo hablaba con ella, la miraba el traje, y la verdad, ¡chico, yo no sabía qué hacer con las alas! Total, que ampecemos de palique y chirigotas, y ella arrancándome plumas, y yo estate quieta; y en esto el Sr. Fermín nos ve, suelta... dos groserías algo feas, me pega una patá, me rompe un ala y coge á la Florencia de la gasa; la Florencia huye, él se quea con la gasa en la mano, y cuando yo, con la mar de curiosidá iba á ver en qué paraba... aquello de la Florencia, siento que me arrancan la otra ala, abro los ojos, y era este saco de patatas.



D. Ruperto Chapí.



D. Carlos Arniches.

CARLOS ARNICHES

Acto 1.º—escena VII.

Acto 2.º cuadro III.—Soledad y Ramón.

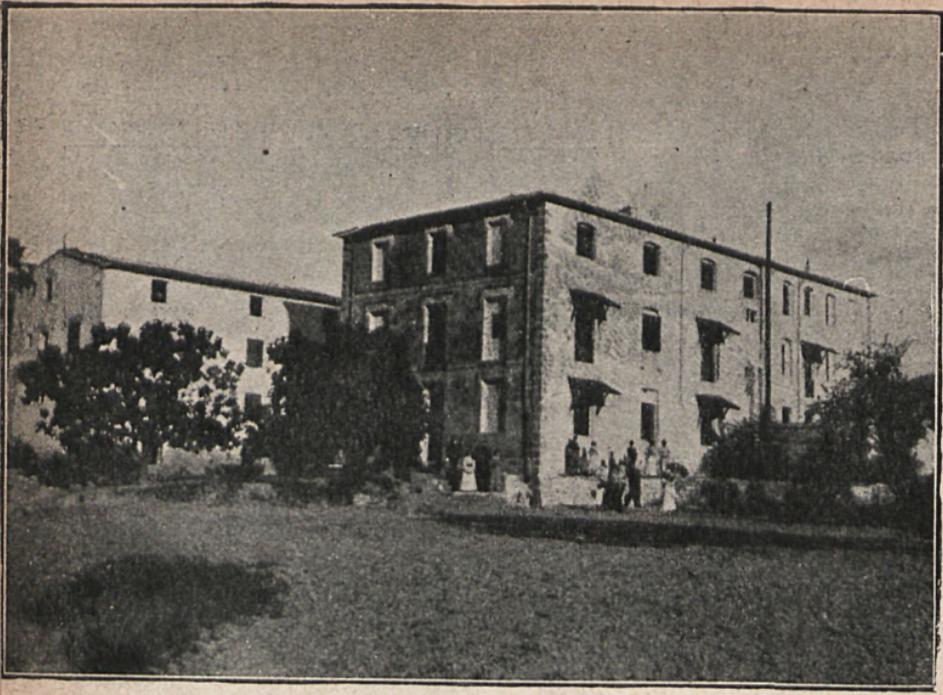
Acto 3.º—Final.



Doroteo contando el sueño.

Acto 3.º, escena III.—Doroteo, Eleuterio, Soledad y Ramón.

Doroteo, Soledad y Ramón.



ALICANTE: Baños de Benemarfull.

Inst. de J. de Mesa.

De Crilo:

Concha que entre las perlas,
brillas tú sola;
y entre las Conchas eres
perla preciosa.
¡Ay, quién pudiera
ser perla entre las Conchas,
Concha entre perlas.
(Y de paso ¡quién pudiera
conseguir que Mazzantini
se cortara la coleta!...)

De Despujols.—Estos barceloneses son lo *mateix* que *Il pescatori di perla*. Si llego á ser tortuga, más fiijo que Sol que *me ponen de concha*.

De Romero.—Sagasta, que no permite que le toquen á Silvela. Tetuán, que no consiente que le urguen á Martínez Campos. Maura, que no deja que se metan con las instituciones... Yo, cada día más solo. Y ellos, cada día más *concha-baos*.

De Morayta.—¿Hoy es la Purísima, no? ¿Hoy se ayuna, verdad? Pues hoy como jamón, jamón á todo trance. Aunque sea de un fraile filipino.

De Villaverde.—Pero ¡qué ordinario es este Blasco Ibáñez! ¿Pues no dice ¡Concho! cuando se habla de contribuciones? ¿No es más fino decir ¡Conchal, y, de paso, mirar á ver si acude alguna? Porque yo, por dura que sea...

De Catalina.—¿La fiesta de hoy es movable? No, que es fija... Hoy es la limpia y pura... Limpia, fija... y da Picón. ¡Ah, qué recuerdos, qué recuerdos!...

De Concha Alcalde.—¡Ese Campóo de mis pecados!... Sin presentar la dimisión ni á tres tirones. Lo que le he dicho á Dato esta mañana: ¿No es hoy día de la Purísima? ¿Qué hace ese alcalde que no dimite? ¿Puede haber hoy más alcalde que Concha... Alcalde?

De cualquier poeta festivo:

Es repetición sencilla
la chaquetilla amarilla
que usa Concha, actriz rechoncha.
Porque así resulta Concha
que es Concha *concha*... quetilla.

De cualquier autor cómico.—Verá usted: Yo le dije primero que sí, luego que no, uego que sí y que no y que Silvela no *silve pa* jefe del Gobierno; en fin; tantas cosas le

dije, que me dijo que yo era un *dije*. Y por ahí *salió* la conversación, y por ahí (*señalando á la izquierda*), salió su padre y se encaró conmigo. Como yo me llamo Sarmiento y el padre Alamo, nos enredamos en seguida. Alamo me decía:—¿Usted la quiere?

—Yo, sí... Si yo alámo, digo, la amo.

—Bueno, pues ya sabe usted que mi hija se llama Concha Alamo. Y si va usted á casarse vuelve, y si no no parezca usted. ¿A usted qué le parece?

—Que no parezco nada. Digo, nada, que no parezco.

Pero como me enteré que Alamo era pobre, al otro día se lo dije claro:—Yo no puedo casarme con su hija de usted. Es verdad que he dado mi palabra. Pero su hija de usted no se llama Concha.

—¿Cómo que no?

—O al menos no se puede repetir su nombre. Es preciso que se pueda decir de ella que es una *Concha* concha...vos (!!).

EL BACHILLER SANTA-CLARO

POSITIVAS Y NEGATIVAS

MORRALLA

Sin manchas en tu conciencia
te juzgué. Tu rubor ví,
y que era efecto creí
de tu candor é inocencia;
que anduve en mi juicio errado
supe algún tiempo después.
¡Tu sonrojo solo es
efecto de tu pecado!
¿Por qué, destino fatal,
se confunde fácilmente
el rubor del inocente
y el rubor del criminal?

¿Dices que de la honesta Catalina,
la chica de hermosura más divina
que en los contornos de tu aldea existe,
ocultas gracias por descuido viste?
¡Por descuido! No intentes que lo crea,
porque igual en la corte que en la aldea,
no encontrarás mujer, que con cuidado
no haya *ciertos descuidos* estudiado.

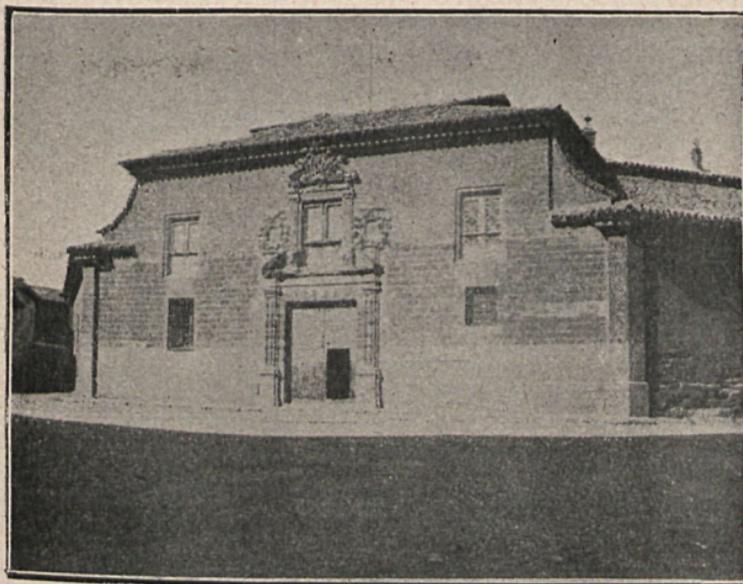
—¿Por qué (la dije á Mercedes
mientras con ella bailaba)
de mí se escondía corriendo,
cual si fuese á devorarla,

cuando estuve á visitar
á su padre esta mañana?

—«¡Ah! ¿Me vió? Pues, francamente,
me escondi porque iba en *chambra*»
dijo bajando los ojos,
y al verse tan escotada,
que su albo seno desnudo
ante mi vista estorbaba,
debió agregar para ser
del todo conmigo franca:
—«Y como al venir aquí
la *honestidad* me estorbaba
la dejé en mi tocador
muy envuelta entre la *chambra*».

.....
.....
Pepita esta mañana ha confesado
y escuché, sin querer, que la decía
el cura muy severo:—¡Gran pecado!
en que según juraste el otro día
no incurriste jamás. ¿Por qué has mentado?
—Le dije la verdad, no le engañaba.
¿Cómo podía haberle cometido,
si hasta que usted lo dijo, lo ignoraba.

M. MARZAL Y MESTRE



HUESCA: Instituto provincial.

Inst. de J. Sanz Barrio.

LA CANCIÓN DE LA PIEDRA

En la espesura de la selva druídica.

Surgió el bardo, el bardo de lengua barba y flotante túnica. Su frente, pálida como el marfil antiguo, coronada de roble, se irguió majestuosa, y con voz grave recitó el poema.

Dice la piedra:

—Yo soy la eterna compañera del hombre.

Estancia I

El hombre lucha; yo soy su ayuda: soy el hacha, el martillo, la maza guerrera.

El hombre triunfa: soy su refugio y en mi seno duerme.

Yo soy la eterna compañera del hombre.

II

El hombre es rey: yo soy el trono. En el antiguo Egipto escogimos imperio.

El hombre adora: yo soy el templo.

El hombre duda: yo soy la Esfinge.

El hombre muere: yo soy la tumba.

Yo soy la eterna compañera del hombre.

III

Cruza el hombre las ondas azules del mar histórico: yo le aguardo en la orilla.

Conquista el hombre: yo soy muralla de sus ciudades.

El hombre finge dioses para poblar con ellos las floridas montañas de la Grecia: yo soy el cuerpo de los dioses que no tienen alma: en mí sonríe Venus y truena Júpiter; en mí ríen las Gracias y gimen las Horas.

Yo soy la eterna compañera del hombre.

IV

El hombre ama; yo formo el nido para su amor. Yo soy el tronco airoso de la esbelta palmera; yo soy el rico y delicado encaje, el festón primoroso; yo soy la misteriosa celosía...

Yo soy la eterna compañera del hombre.

V

El hombre habla con Dios: yo soy el ara. Yo soy la catedral, selva de piedra en cuyas sombras crece la planta bendecida, la que da el pan y el vino...

Yo soy la aguja que señala al cielo.

Yo soy la eterna compañera del hombre.

G. MARTÍNEZ SIERRA

EN CONFIANZA

El ama á la criada, recién llegada del pueblo:

—¿Entiende usted el reloj?

La criada:

—¡Y tanto como lo entiendo!

—A ver, dígame usted que hora es.

—Espere usted á que toque y se lo diré.

INSTANTÁNEAS para corresponder con sus ilustrados abonados, tiene en ejecución importantes mejoras que en breve realizará.

Como nuestras tiradas aumentan y el público nos demuestra su agrado, creemos muy justo mejorar las condiciones de nuestra revista.

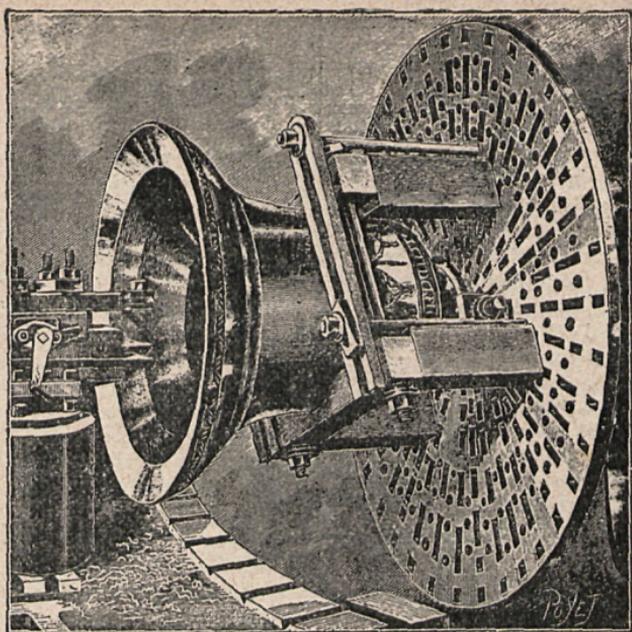


Figura 1.^a—La campana de las horas de la catedral de Ginebra.

La copia de la campana gruesa de las horas en la catedral de Ginebra, que reproducimos hoy, se tomó estando colocada en el torno de los talleres de Vevey. Pesa 1.610 kilos y da la nota «mi.»

La manera de afinar una campana la demostramos con la figura 2.^a Se instala en el torno, fijada sólo por el hombro; si se quiere bajar la nota se trae un buril fijo delante de la parte marcada con la línea 1-1. Se le imprime á la campana movimiento de rotación lenta para quitarle una ligera parte de bronce. Se continúa sacando hasta llegar al borde de la línea núm. 2. Mientras dura esta operación, la campana da un sonido que va bajando de tono. El afinador, que precisa tener oído muy fino, compara el sonido con el diapasón.

Quando se trata de subir la nota, se coloca el buril en frente de su abertura, y el tornero le ataca el pie; (4) á medida que continúa la operación, el sonido se hace más agudo. El diapasón indicará cuándo se alcanza la nota que se desea.

Es más fácil bajar el tono de una campana que subirlo.

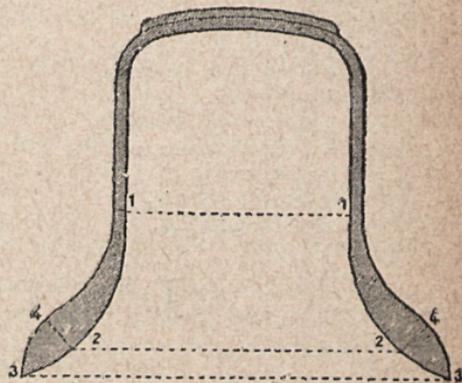


Figura 2.^a—Diagrama indicador de las partes que se deben atacar para subir ó bajar el tono de una campana.

Benjamín Franklin fué hombre de estado, diplomático, físico y economista. Era anglo-americano, y el primer cargo oficial que ejerció fué la Dirección de Correos en 1753. Como hombre de ciencia, sus trabajos fueron eminentemente prácticos; buena prueba es la invención del pararrayos.

Por sus estudios eléctricos, y por los muchos descubrimientos por él realizados, ocupará siempre un puesto distinguido en la Historia de las ciencias, y Filadelfia le rindió merecido tributo erigiendo frente al edificio de Correos la magnífica estatua que hoy reproducimos en otro lugar, y que es obra del escultor Juan J. Boyle.

DEL OTRO MUNDO

En los eternos parajes
en que habita muy severo
mi amigo Pedro Botero,
celebró un baile de trajes
el treinta y seis de Febrero.

Yo, como es muy natural,
pues Pedro no trata mal,
á aquel baile concurrí
y en él personajes ví
de todo el mundo social.

Allí todos muy formales
y con esas formas reales
que en este mundo tenían,
ricos disfraces lucían
de to los los animales...

Iba disfrazado de oso,
muy bien, Alberto Aguilera,
con Tejada Valdosera,
que estaba muy caprichoso
con un traje de *pantera*.

Ví á Silvela de *serpiente*,
que produjo sensación
por su efecto sorprendente,
y á Gómez Imaz, enfrente,
vestido de *tiburón*.

Romero iba disfrazado
con un traje de *lenguado*,
hecho con forma preciosa,
y Moret, de *mariposa*,
fué por todos admirado.

De tigre no estaba mal
el *invicto* general
Weyler, y por pareja,
de *topo* iba Polavieja.

que estaba muy natural.

Dato fué de *ruiseñor*;
de *besugo*, Sánchez Toca,
que estaba muy superior;
y Sagasta iba de *boca*
de la isla ¡seductor!

Entró al salón hecho un loco,
por razones que me callo,
Martínez Campos de *coo*,
y también ví entrar á poco
á Villaverde de *gallo*.

A lo último del salón,
y en apartado rincón,
dando bromazo á una niña,
hallé, de *aves de rapiña*,
á Gamazo y Salmerón...

Muchas mujeres había
y en verlas me entretenía,
aunque su rostro ocultaban,
cuando sentí que anunciaban
que la *langosta* venía.

Yo crucé entre aquel belén;
ví á la *langosta* muy bien,
y según Botero dijo,
eran: Don Carlos, su hijo,
con Cerralbo y Sangarrén...

.....
Y esto fué lo verdadero
que en los eternos parajes
que habita Pedro Botero,
hubo en el baile de trajes
el treinta y seis de Febrero.

GERARDO FARFÁN

DE TEATROS

Cuando este número haya llegado á mano de nuestros lectores, «todo Madrid» habrá desfilado por las espaciosas localidades del teatro de Parish, para ver y admirar *La Cara de Dios*, magnífico melodrama lírico del fecundo y distinguido escritor D. Carlos Arniches y del eminente maestro D. Ruperto Chapí.

No está en nuestro ánimo, ni el carácter de esta revista lo permite, hacer una crítica detallada de tan hermosa producción, y habremos de limitarnos á decir que en *La Cara de Dios* hay caracteres, sentimientos, pasión, diálogo movido é interesante y escenas de la vida obrera, observadas de la realidad y trazadas con mano experta.

Todo esto, además de una acción interesante y conmovedora, y de escenas altamente dramáticas, que llegan á poner en tensión las fibras más sensibles, tiene el libro de Arniches, que Chapí ha matizado con las joyas que atesora la hermosa é inspirada partitura de *La Cara de Dios*, que proporcionó á su eminente autor uno de los triunfos más grandes de su carrera artística, cuando el público escuchó el grandioso dúo de tiple y tenor del segundo acto; triunfo que se repitió en el intermedio del último, las dos únicas situaciones de la obra que dan ocasión al maestro Chapí para demostrar una vez más su colosal talento y genio musical,

Carmen Domingo, á quien ya conocíamos como buena cantante, se reveló como notable actriz dramática; Soler, magistral en su antipático papel, bien el Sr. Gil Rey y el veterano José Mesejo, que creó el papel de bonachón y ocurrente Doroteo Camuñas,